

## Una alegoría del desplazamiento

### *Tierra quemada*

ÓSCAR COLLAZOS

Random House Mondadori,  
Bogotá, 2013, 371 págs.

ÓSCAR COLLAZOS no ha escapado, como escritor de una generación realista y preocupada por asuntos sociales como es la suya, a la tentación de escribir novelas sobre la guerra entre ejército regular, guerrilla y grupos paramilitares y sus consecuencias en Colombia. Lo hizo con sus novelas *Rencor* (2006) y *Señor sombra* (2009). La primera narra las vicisitudes de una desplazada en Cartagena en un tono testimonial. No en vano la adolescente protagonista cuenta su vida descarnadamente frente a la cámara de un documentalista. *Señor sombra* cuenta, por su parte, la historia de un tenebroso paramilitar, en clave de novela negra, que se convierte en un prestigioso empresario. En *Tierra quemada*, el escritor chocoano vuelve con el tema del desplazamiento, la más catastrófica de las huellas dejada en Colombia por la guerra en sus últimos años. La propuesta de Collazos, en nuestro medio, tiene algo de singular: se ancla en la alegoría. Como suele suceder en los relatos alegóricos, *Tierra quemada* trata sobre un conflicto en el que los bandos enfrentados son un poco brumosos. Hay un ejército que colabora con La Empresa, organización de claros rasgos paramilitares, ya presentada en *Señor sombra*, para enfrentar a unos insurgentes. No se nombra nunca el país en que se desarrolla la crisis que, en la novela, es padecida por una caravana de huyentes. Al principio, podría pensarse que la historia pasa en algún lugar del planeta sometido a los desmanes de una guerra neocolonial. Sin embargo, en la medida en que se desarrolla la lectura, van apareciendo una tras otra suficientes pistas para pensar que se trata de Colombia. El relieve es tropical, hay sembrados de café y de plátano, la caravana es alimentada con frijoles, lentejas, yuca sancochada y arroz, y beben café o chocolate; hay también una comunidad de paz cuyos integrantes han sido masacrados por el Ejército en colaboración con La Empresa, hay cilin-

dro de gas usados por los insurgentes (así los llama el narrador, pero los militares que vigilan o protegen la caravana les dicen bandidos, tal como las fuerzas armadas estatales colombianas han llamado siempre a los guerrilleros), hay dos negras que han escapado de un atentado con pipetas de gas cometidos por los insurgentes contra una iglesia llena de inofensivos civiles); y, en fin, hay una geografía costera y expresiones del habla coloquial que solo usan los colombianos. De tal modo que lo que surgía primero como una atractiva narración alegórica sobre el desplazamiento poco a poco se va convirtiendo en una novela colombiana más que aborda diversos tipos de desmanes y de situaciones y personajes más o menos típicos de nuestra última literatura de violencia.

La novela de Collazos sucede, de principio a fin, en medio de un paisaje apocalíptico. El territorio transitado por los protagonistas está sumido en la guerra. Pueblos derruidos, fincas abandonadas, carros calcinados, plantaciones arrasadas, hombres y mujeres masacrados en medio de las plazas y al borde de las carreteras. La historia principal es sencilla: un grupo de quinientas personas huyen de las zonas en donde combaten insurgentes y Ejército y van a ninguna parte. Pero están vigilados por militares en tierra y por continuos helicópteros desde el aire. La mayor parte del recorrido lo hacen a pie y luego pasan a unos camiones. El itinerario dura alrededor de cien días. Luego se desencadena una pelea entre los militares de las fuerzas oficiales y los que pertenecen a La Empresa y se decide acabar con quienes supuestamente protegen a la caravana. En las últimas páginas hay ataques aéreos que exterminan, además de sus protectores, a casi todos los integrantes de la caravana. Quedan unos pocos sobrevivientes que se dirigen al mar y, más allá, a una frontera en apariencia esperanzadora. Entre los salvados, está el narrador de la novela.

Por la manera rápida en que es narrada y por el modo en que evolucionan los eventos, *Tierra quemada* en sus primeras páginas hace pensar en *La carretera* (2006) de Cormac McCarthy. Empero, en la obra del estadounidense se presenta una atmósfera literaria fundada en la tradición de la ciencia

ficción, mientras que en la del colombiano la sujeción a la realidad social de un país como Colombia es más que evidente. McCarthy no es moroso y extenso, de ahí la gran efectividad de su obra, si se compara con la larguísima de Collazos que se detiene en narrar las cotidianidades de la caravana. Además, con *La carretera* se está ante una situación de catástrofe planetaria carente de localismo, mientras que en *Tierra quemada* se presenta un conflicto nacional que pretende, y esa es la apuesta de su autor, universalizarse a través de la alegoría de una caravana que huye en medio del acabose. Ahora bien, la alegoría que sustenta esta novela es elemental, como casi todas las alegorías de la literatura: la caravana abandonada por Dios es el pueblo, en particular los civiles desplazados, la mayor parte de ellos perteneciente a estratos sociales campesinos. La novela se vuelve, no obstante, cada vez más explícita y la fuerza alegórica va perdiendo su inicial encanto. El lector se da cuenta, al fin, que la caravana atraviesa un país que definitivamente se llama Colombia. Aunque el narrador no lo nombra nunca y no se compromete con dar nombres de ciudades y pueblos, aparecen los claros referentes del actual conflicto colombiano: se bordean plantaciones de palmas de aceite, se atraviesan minas de oro a campo abierto y minas de carbón y surgen caminos prohibidos que llevan a ciudades. Estas viven vigiladas, lejanas e indiferentes a la injusticia vivida por estos cientos de hombres y mujeres sometidos a un éxodo incierto.

*Tierra quemada* está tejida por el relato de algunos personajes que van contando sus peripecias. Entendemos, desde muy pronto, que el lugar y el espacio de la narración suceden después de las vicisitudes sufridas por la caravana. Dichos testimonios están manejados por un narrador que al final sabemos de quién se trata. La caravana se va personalizando gracias a las desventuras de algunos de sus integrantes. Estos son Elena, la mujer que escapa de la comunidad de paz, luego de perder a su compañero y a su madre en un ataque mortífero de los militares. Elena sobrevive con su pequeña hija y con Elvira, su prima adolescente que padece trastornos mentales. En la medida en que la caravana avanza

RESEÑAS		
<p>durante los primeros días se delinearán otros personajes: Martín Alonso, hombre de ciudad y el narrador periodista de la novela. Arcesio, anciano mutilado por una mina queiebrapatas, y Dolores, la vieja con perfiles de sabia o de bruja. Anselmo, el comandante de la caravana que toma como amante a Elena. Este, Dayro y Alonso y otros militares más siempre que aparecen son para manosear a las mujeres y violarlas, o para dar órdenes y sembrar el miedo en la caravana. Hay otros personajes secundarios que aparecen a lo largo de la travesía que, según el narrador, pareciera dar círculos en derredor. En algún momento, llevan cuarenta y cinco días de marcha, los protagonistas se imaginan que dan “vueltas alrededor de un círculo más o menos regular”, que han perdido la idea del espacio y del tiempo y que están sometidos a un “periplo sin fin”. Entonces concluyen, y aquí se perfila una vez más el sentido alegórico de la obra, que al perder tales nociones la caravana se encuentra sola en medio de la nada.</p> <p>La novela de Collazos está bien escrita y se nota el oficio de un narrador que articula bien las escenas y posee, por momentos, sapiencia en la descripción de los lugares que atraviesa la caravana. Pero esto no oculta los problemas que entraña una propuesta novelística como la suya: la poca profundidad de su trama, la escasa complejidad de sus personajes, la monotonía de su intriga, la reiteración de sus atmósferas derruidas, la caricatura aviesa a que son reducidos todos los militares, las escenas triviales y trilladas propias para el formato telenovelesco, la obstinación de un narrador que exige tantas páginas para la construcción alegórica del desplazamiento. Luego de leer las trescientas setenta y un páginas de apretada letra, queda la gran duda de si este periplo no se hubiera podido lograr en menos papel. Un lector, educado en las lecciones de Borges, quizás limitaría <i>Tierra quemada</i> a un cuento. Incluso, los amantes de la minificción, tan caros a todo tipo de representaciones alegóricas, es posible que la redujeran a una fábula. Pero Collazos, arraigado en los credos de la literatura social y comprometida con el pueblo y la injusticia variopinta a la que es sometido, es todo lo contrario a Borges y a sus continuadores. Desdeña</p>	<p>la síntesis, olvida la noción de ripio y termina confrontando al lector a pasajes largos e intrascendentes. Es como si Collazos estuviera pensando más en una versión televisiva o cinematográfica de su alegoría, y no en la eficacia y contundencia que debe tener, por encima de cualquier veleidad mediática, el texto literario.</p> <p style="text-align: right;"><b>Pablo Montoya</b></p>	